

ENSAYOS DE EPISTEMOLOGÍA

EDISON OTERO

Santiago de Chile: Bravo y Allende,
2000. 123 pp.



¿Qué se debate en epistemología?, ¿quiénes debaten?, son algunas de las preguntas que intenta responder el profesor Edison Otero con esta publicación constituida por cinco ensayos que pretenden, de manera sucinta y exenta de tecnicismos, introducirnos en las aguas turbulentas del debate epistemológico.

Como punto de partida cabe señalar que no son tan solo “filósofos de profesión” los que discuten los temas que constituyen el campo de batalla de la epistemología, sino que podemos identificar también como posibles contendores a “sociólogos de las ciencias”, “historiadores de las ciencias” y “científicos”. Entre ellos se genera todo tipo de discusiones respecto a quién o quiénes tienen mayor competencia para entregar una explicación satisfactoria de la actividad científica. Así, por ejemplo, si se considera a la ciencia como una más de las actividades desarrolladas por el hombre, es decir, si se la considera como un “fenómeno social”, no cabe duda que los llamados “sociólogos de ciencia” considerarán a la variable social como el factor exclusivo y determinante en el desarrollo de ésta y, por tanto, dejarán de lado las variables de tipo cognitivo y/o lógico. Por otra parte, si se considera a la actividad científica como un fenómeno racional, es decir, como una actividad que se desarrolla en virtud de cierta dinámica interna independiente del resto de los fenómenos sociales, como, por ejemplo, de la estructura política o de su propia historia, la atención se dirigirá hacia el factor lógico, es decir, hacia la estructura interna que soporta la investigación, estructura que permitiría, en términos de Popper, corroborar o falsear las hipótesis en juego. Al primer grupo de investigadores, que el profesor Otero denomina “constructivistas”, pertenecerían Richard Rorty y Bruno Latour, entre otros; por otra parte, Karl Popper, Imre Lakatos y Alan Sokal pertenecerían a un segundo grupo denominado “anticonstructivismo”, “Para usar la terminología al uso, las diferentes filosofías de la ciencia serán externalistas o internalistas, respectivamente” (p. 17). Finalmente, bajo el nombre de “realismo constructivista” podemos encontrar a un cierto número de investigadores que proponen la integración de la variable cognitiva con la social, entre los cuales se destacan Stephen Cole y Phillip Kitcher (p. 16). Por mi parte considero que debido a que este esquema intenta mostrar a grandes rasgos una visión panorámica de las distintas corrientes de la filosofía de la ciencia contemporánea excluye, de manera evidente, a muchos autores que, teniendo a la ciencia

como objeto de reflexión, no pueden ser catalogados simplemente de “externalistas” o “internalistas” ya que sus propuestas sobrepasan o escapan la mera consideración de variables sociales y/o lógicas; pienso por ejemplo aquí en las investigaciones desarrolladas por Rudolf Carnap, Hilary Putnam o Claude Lévi-Strauss en lo que respecta al lenguaje y su relación con las actividades cognitivas. No obstante, y a pesar de que esta debilidad es aceptada por el propio profesor Otero, quedan ciertas dudas con respecto a si esta agrupación en función de la consideración de las variables de tipo social y/o cognitivo ofrece una real aclaración del panorama actual de la discusión epistemológica y no resulta ser más que una prolongación del viejo problema “contexto del descubrimiento”/“contexto de la justificación” iniciado por Hans Reichenbach.

“El ‘Affaire’ Sokal, el Ataque Posmodernista a la Ciencia y la Impostura Intelectual”, “Thomas Kuhn y el Status de las Ciencias Sociales”, “Ciencia y Tecnología, o de Huevos y Gallinas”, “Nuevas Realidades, Nuevos Conceptos” y finalmente “El Caso Semmelweiss. Un Ejercicio de Externalismo Sobrio...” son los cinco títulos que el profesor Otero presenta en esta publicación, de los cuales solo consideraré dos con mayor atención ya que reflejan lo permanente de la obra. En el primero de ellos (“El ‘Affaire’ Sokal, el Ataque Posmodernista a la Ciencia y la Impostura Intelectual”) se pone de manifiesto la existencia de cierta moda intelectual anticiencia aparecida en los últimos años y que ha ingresado, cual caballo de Troya, al ambiente académico con el nombre de *postmodernismo*. Estos anticientíficos o postmodernistas, que aborrecen cualquier manifestación racional, elaboran un discurso panfletario anticiencia con un lenguaje oscuro de pretendida profundidad. Lo extraño del caso, señala Otero, es el hecho de que su propio discurso está lleno de terminología y conceptualización científica carente de sentido o fuera de contexto. Expresiones como “aceleraciones sin reequilibrios electromagnéticos” adornan los escritos de la escritora belga Luce Irigaray. En otras ocasiones es evidente el desconocimiento de ciertos temas elementales de física o matemática por parte de estos autores, como es el caso de Lacan que confunde en uno de sus escritos los números racionales y los números imaginarios. Este y otros hechos de ignorancia y abuso de conceptos científicos es denunciado abiertamente por Alan Sokal, cuyo caso constituye el hilo conductor del primer ensayo. Fue un escrito de este profesor de física de la New York University la gota que derramó el vaso de la especulación desmedida. En 1995 Sokal envió un artículo a la revista de estudios sociales y culturales *Social Text* con el título de “Transgrediendo las Fronteras, hacia una Hermenéutica Transformacional de la Gravitación Cuántica”, escrito de innegable erudición “sazonado con enjundiosas citas de luminarias como Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Bruno Latour, Julia Kristeva o Jacques Lacan” (p. 24) Tiempo después Sokal presenta un segundo artículo, esta vez a la revista *Lingua Franca*, titulado: “Los Experimentos de un Físico con los Estudios Culturales” en el cual advierte que el artículo anterior publicado en el número 46-47 de la revista *Social Text* no es más que una parodia construida con el propósito de denunciar y “poner a la vista algunos rasgos imposturales de la literatura habitual en los estudios culturales” (p 25). Luego un tercer artículo llamado “Transgrediendo las Fronteras: una Post Data” fue enviado a la revista *Social Text*. Como era de esperar, y

dado el ridículo padecido por los editores de la revista, el artículo fue rechazado, pero debido al escándalo y a las implicaciones de aquel episodio, la revista *Dissent* en su número 43 no dudó en publicarlo. Pero la historia no termina ahí, ya que en 1997 Sokal junto al físico Jean Bricmont publica en Francia *Impostures Intellectuelles*, libro en el cual se dedica un capítulo distinto a cada uno de los autores involucrados en la parodia original: Lacan, Irigaray, Baudrillard son llamados a declarar al tribunal de Sokal, tampoco se logran escapar Kuhn, Feyerabend, Lyotard, entre otros. La intención de Sokal y Bricmont con esta publicación es doble, por una parte pretende denunciar el abuso de los conceptos científicos por parte de importantes autores (en especial franceses), y por otra tiene la misión de enfrentar críticamente el “relativismo epistemológico” imperante en el mundo académico actual, es decir, la idea de que la ciencia moderna no es más un “mito”, una “narración”, una “construcción social” de igual valor cognitivo que la mitología egipcia o el arte vanguardista.

En el segundo ensayo titulado “Thomas Kuhn y el Status de las Ciencias Sociales”, el profesor Otero expone la relación existente entre “las ideas aportadas por Thomas S. Kuhn (1922-1996) al debate epistemológico y el status de las ciencias sociales implicado en estas ideas” (p. 57). Iniciador de lo que actualmente se conoce como “*filosofía de la ciencia historicista*”, Kuhn desarrolló durante los años 60-70 un nuevo modelo para la comprensión del progreso científico. Apartándose radicalmente de las tesis del Círculo de Viena y del positivismo británico de Alfred Ayer, Kuhn formuló una concepción dinámica de la actividad científica. De la mano de la propia “historia de la ciencia”, es decir, entendiendo a esta disciplina como un recurso filosófico capaz de entregar claridad respecto de cómo se desarrolla la investigación científica, el filósofo logró visualizar una serie de estadios constitutivos de dicha investigación. En términos generales, la introducción de la “historia de la ciencia” como categoría epistémica permitiría identificar con facilidad un estadio inmaduro o “pre-paradigmático” de la investigación caracterizado por la “existencia de escuelas rivales que enfocan de modos diversos los mismos asuntos” (p. 58) y un estadio propiamente “paradigmático” caracterizado a su vez por la unificación de opiniones bajo una teoría o modo explicativo más o menos común. Pero a pesar de que Kuhn veía a las investigaciones sociales aún en una fase no madura, es decir, las consideraba derechamente “pre-paradigmáticas”, su planteamiento acerca de la actividad científica era de carácter histórico/sociológico. “Esto permitiría concluir que si bien [Kuhn] cree en la posibilidad de un enfoque sociológico para comprender diversas dimensiones del fenómeno científico, no parece creer que la sociología misma sea un ejemplo de su teoría del ciclo ciencia normal – anomalía – revolución científica – ciencia normal” (p. 57-8). Ahora bien, según el profesor Otero, el argumento de Kuhn para justificar la utilización de una disciplina que “aún” no ha alcanzado su etapa “paradigmática” para analizar e intentar comprender otras que sí han alcanzado dicho status sería, que a pesar de que existe una indesmentible diferencia entre ellas, dicha diferencia no sería esencial sino, más bien, de “situación” (p. 62). Esto quiere decir que ese “aún” que mencionábamos tendría un carácter temporal y no excluiría a las ciencias “pre-paradigmáticas”, como por ejemplo a la sociología, alcanzar el status de ciencia paradigmática.

Creo que con lo expuesto anteriormente, el profesor Otero no pretende justificar el abuso del esquema kuhniano en la últimos años, sino que más bien pretende entregar una visión general que nos permita juzgar si el uso de ciertos conceptos y concepciones filosóficas en ámbitos que sobrepasan los límites para los cuales fueron pensados no constituyen un penoso signo de superficial erudición.

PABLO AGUAYO
Universidad de Chile